

Duelo y Trauma: una peculiar situación de la clínica actual

*Susana Mascheroni y
Lidia T. Scalozub*

“Proponemos no inscribir a los sujetos traumatizados en grandes categorías anónimas sino intentar encontrar con ellos su particularidad...” “Tras un trauma, hay que reinventar al Otro. Y eso no es posible en nuestra perspectiva sino a partir de la particularidad”.
Eric Laurent, “Hijos del trauma”

La clínica psicoanalítica actual y el estado de la medicina de nuestros días, nos plantean situaciones que debemos enfrentar creando y pensando nuevos modos de abordaje clínico y de articulación conceptual.

Este trabajo se generó en el intercambio de ideas que surgieron, mientras revisábamos las notas clínicas de un caso, que nos plantea, por su complejidad, diversos interrogantes tanto teóricos como los referidos a nuestro trabajo analítico.

La madre de Juan, de 7 años, consulta porque lo nota deprimido, triste, con llanto frecuente y trastornos del sueño. El niño se niega a ir a la escuela, llora al separarse de la madre. Relata ella, que Juan “ha tenido un cambio total de carácter, de un niño tranquilo y alegre se convirtió en triste, por momentos caprichoso, exigente y tiránico”.

La historia vital de Juan, fue hasta ese momento la de un niño normal.

Esta situación tiene como punto de partida un acontecimiento traumático.

El padre luego de dejar a Juan en la puerta de su escuela, en la provincia en la que viven, sufre un accidente automovilístico de resultados del cual quedó inicialmente en coma, y luego descerebrado.

Esto implicó su traslado inmediato a Buenos Aires acompañado por su mujer. Juan y su hermanita de 3 años, quedaron en su provincia natal, al cuidado de sus abuelos y tíos, en casa de los primeros, hasta que un mes y medio más tarde el año lectivo terminó.

En ese momento la madre regresó a la provincia en busca de sus niños, instalándose posteriormente en un departamento de esta ciudad, cercano a la clínica donde el padre era asistido, sin que hasta ese momento hubiera tenido ninguna recuperación.

La consulta por Juan fue tres meses más tarde, coincidiendo con el comienzo de las clases. Esto implicó la concurrencia a una escuela nueva, con las diferencias que supone un medio con “usos y costumbres” disímiles a los de su ciudad natal.

Los niños, visitaban regularmente al papá, quien no tenía obviamente ninguna reacción ante la presencia de ellos, ya que permanecía en estado vegetativo, sostenido por asistencia técnica, profesional y familiar.

De los emergentes de este relato, surgen los interrogantes a los que arriba aludimos. ¿Cuál es el efecto de este impacto traumático?

¿Le será posible al niño instalar y desarrollar en esas circunstancias, un trabajo de duelo y en tal caso, cómo se procesa un duelo que plantea, un enigma de existencia?

Pensamos que esta cualidad de presencia, es en sí misma traumática.

Desde la perspectiva lacaniana, es un enfrentamiento con lo real que excede y desborda toda significación y sería este real lo que opera como traumático.

Estos interrogantes nos sitúan en varias fronteras. Entre la vida y la muerte, entre trauma y duelo, entre lo representable y lo irrepresentable.

Sabemos que un duelo, el trabajo elaborativo que implica, apunta a una inscripción inconsciente de lo perdido, pero si a ello se le agregan las distintas condiciones y vicisitudes que plantea un acontecimiento de la envergadura de éste, ¿cómo y cuándo estará el

psiquismo de un niño, en condiciones de iniciar dicho trabajo? O sea, dicho en otros términos, de dar significación a lo acontecido.

Por lo dicho anteriormente se desprende que Juan quedó separado de ambos padres después del accidente, desapareciendo éstos de su cotidianidad por un mes y medio.

Luego se produjo el encuentro con la madre, que atrapada en una situación de incertidumbre y angustia, no podía ofertar disponibilidad para contener afectivamente a sus niños. A ello se sumó más tarde el reencuentro de éstos con el padre, vivo biológicamente pero carente de subjetividad.

Esta presencia con ausencia de subjetividad y de cualquier tipo de manifestación vital, consideramos que altera la categoría presencia-ausencia ya instalada en el niño y podría ser en sí misma perturbadora.

Sabemos que para el procesamiento de una pérdida en la infancia, la presencia y disponibilidad de un otro, importa como acompañamiento y sostén de las ansiedades que se ponen en juego, como interlocutor de sus interrogaciones y como fuente de aporte simbólico. Por ello, resulta de la mayor importancia, el estado de disponibilidad psíquica y emocional de los adultos que rodean al niño en este caso, impactados por el mismo acontecimiento.

Los tíos y abuelos, configuraban un tramado familiar con presencia cotidiana, que fue perdido en la migración interna desde su provincia a esta ciudad. Conociendo la importancia y los efectos que sobre la estructuración del psiquismo, tienen la trama social y familiar, nos preguntamos en este caso, qué cualidad agrega a la pérdida de vincularidad con el padre, el cambio tan radical del entorno, tanto social y familiar, así como del hábitat.

También el momento de estructuración psíquica, adquiere relevancia ya que el niño, siendo poseedor de lenguaje, podrá indagar, preguntar y estará en mejores condiciones de iniciar un trabajo que tienda a la elaboración y a la simbolización.

Pensamos que el tiempo, el compás de espera, que un niño requiere para dicho inicio, configuran un elemento de trascendencia para que pueda acceder a la significación de la pérdida tanto en el campo de la realidad interna como de la externa.

Tomando en cuenta el momento vital de Juan, pensamos en el efecto sobre la conformación del Superyo y los procesos identificatorios, así como el impacto en su estructura edípica de la presencia de un padre muerto-vivo.

Si el padre en dicha estructura, se configura como rival, para Juan lo acontecido puede ser vivido con una dosis importante de culpabilidad, agregando a la situación traumática un “plus” que incrementa sus efectos.

No es la función de interdicción la que puede verse afectada, ya que como función precisamente, puede ser ejercida por otro, pero se trata de un padre con el que se interrumpió el intercambio significativo, dejó de ser aporte y sostén simbólico y estando en su corporeidad, no está su palabra ni su mirada.

Esto implica para el niño haber sido desinvertido repentinamente por su padre. Al decir de A. Green (1983), se puso en efecto la “función desobjetalizante” que vinculamos con la sintomatología depresiva que trajo al niño a la consulta, con la que también relacionamos la culpabilidad arriba referida.

Hemos asistido en los últimos tiempos a acontecimientos traumáticos colectivos (atentados, terror de Estado, etc.) en que la desaparición de una persona se asocia a la desaparición de su cuerpo.

Supimos por diferentes investigaciones y publicaciones (J. Braum; M. L. Pelento, 1988) que esa desaparición o ausencia del cuerpo, dificulta el proceso de duelo al crear incertidumbre en la verificación de la muerte, al no poder darlo por muerto, queda el duelo en suspenso.

Este caso nos plantea una situación diferente, está el cuerpo pero carente de subjetividad. No se lo puede dar por muerto, ni se lo tiene vivo. ¿Qué significación adquiere?

Cómo conceptualizar la marca que deja este acontecimiento.

Si pensamos en la “función desobjetalizante” ya mencionada, se nos plantea un punto crítico en el abordaje psicoanalítico, que nos desafía a un intento de promover el duelo, como trabajo tendiente a una función objetalizante y transformadora, en tanto posibilidad de invertir nuevos objetos.

La presencia del cuerpo, en esas condiciones, ¿permitiría que lo vivido como traumático se elabore y dé paso a un trabajo de duelo? O bien, ¿hace obstáculo?

Tal vez, la inscripción inconsciente tal como es dable en un proceso de duelo, se verá obstaculizada, pudiendo entonces quedar dicho proceso congelado.

Se nos impone pensar, que por este peculiar quiebre en la función de intercambio del vínculo paterno-filial, las fantasías se ven impe-

didias de transformación y ligadura, generando un vacío simbólico, un agujero representacional.

C. Botella (1997), sostiene que dicho agujero sería fuente de sentimientos de desamparo, cuando frente a una pérdida el sujeto no puede refugiarse en sus representaciones (recuerdos, memoraciones), en todo caso éste sería, para este autor, el elemento traumático frente a una pérdida.

Otro aspecto de lo traumático es la imposibilidad de ser investido, y su propia ausencia en la mirada paterna; un estado límite del psiquismo que deviene desorganizante al perder el lugar que tenía para el otro.

El desafío al que más arriba aludimos, en el trabajo analítico, se orientaría tanto a recuperar como a crear nuevas representaciones y ofertar “sostén” al proveer significantes con los cuales el niño pueda desplegar sus interrogaciones. También es función analítica tolerar el desborde emocional así como las operaciones defensivas y denegatorias de la pérdida.

ALGUNOS EMERGENTES DEL TRABAJO CON JUAN

Luego de las entrevistas iniciales antes referidas, se diseñó una estrategia en la que se incluyeron sesiones con Juan, entrevistas con la madre y en oportunidades entrevistas familiares (la madre con sus dos hijos). ¿Cómo ubicar este modo de abordaje psicoanalítico, en nuestra práctica actual?

¿Se situaría en las fronteras del psicoanálisis o sería pensado como psicoanálisis genuino? Nos inclinamos a pensar que se trata de esto último.

Cabe consignar que el tratamiento con Juan estuvo signado por un límite en el tiempo disponible para el mismo. No se sabía cuánto iban a permanecer en Buenos Aires, dependía de la evolución del padre; en un primer momento parecía que por lo menos permanecerían hasta las vacaciones de invierno. En ese momento, por una situación que luego relataremos, la partida se pospuso hasta fin del año lectivo. Esas eran las condiciones planteadas y así se emprendió el abordaje clínico con Juan.

Al comenzar el tratamiento, en las primeras sesiones, Juan manifestaba una intensa ansiedad de separación, tal como le sucedía en relación a cualquier actividad que implicara separarse de la madre.

Entraba al consultorio y permanecía silencioso, retraído por un largo período de tiempo, sin mostrar interés ni sentirse estimulado por los juguetes que se le presentaban, y como no registrando la presencia de la analista.

Cualquier intervención que ella intentara realizar, parecía no ser escuchada.

Si intentaba aludir al motivo de estar allí, vinculando la situación de su padre y la ayuda que se le podría ofrecer a él por la tristeza que le producía, hacía gestos para silenciar a la analista o se tapaba sus oídos.

En unas sesiones posteriores, Juan comenzó a registrar la presencia de unos bloques e intentó armar unos “paredones”, que quedaban separando su espacio y el de la analista, poniéndola a distancia, como cuando antes trataba de “hacerla callar”.

En una oportunidad, armando los “paredones” abrió, sacando algún bloque, “unas ventanas”. Esto alentó a la analista ya que parecía querer ver a través, tal vez conectarse, esto fue puesto en palabras, pero luego Juan obturó las ventanas, con unos bloques que puso por delante, generando así “ventanas ciegas”. Parecía no querer ver nada de lo que tenía por ver y su expresión en esos momentos era de dolor y temor. ¿Dolor por lo que tenía que vivir y temor por la culpa que le engendraba la situación de su padre? Esto último, lo pensamos, vinculado a la culpa por la rivalidad edípica, a la que más arriba aludimos.

En una sesión de un tiempo después, estuvo más conectado, y diciendo “voy a ver si se pueden sostener” intentó armar unas torres inestables, tratando de forzar el equilibrio. Allí la analista intervino para destacar su intento de conexión al hablarle y también su deseo de “no caer..., en la tristeza”.

Volvió a intentar construir las torres y logró que se sostuvieran pudiendo, entonces, hacer un gesto de satisfacción. Logro que fue destacado por la analista.

Concomitantemente sus dibujos mostraban figuras humanas que parecían estar a punto de desarmarse, en el aire, con mirada perpleja, de enigma, transmitiendo un vacío terrorífico.

Las palabras que evocaban ese vacío y lo vinculaban con la situación del padre, lo sumían en un dolor intolerable, se tapaba los oídos y a veces recurría nuevamente al retraimiento. Todo ello alertó a la analista a respetar los tiempos del niño y sostener en transferencia

el despliegue emocional que permitiera la tramitación de la angustia vivencial.

En esa época sus dibujos eran acerca de figuras humanas que parecían desarmarse y con los ojos grandes, como expresando una mirada perpleja; la analista intervino acerca de esta cualidad, aludiendo a la perplejidad que en él causó el accidente de su papá y verlo ahora “como durmiendo siempre sin mirarlo”.

A los tres meses de comenzado el tratamiento, en una entrevista con la mamá de Juan, ella comentó que quedarían en Buenos Aires, ya que se había planteado realizar a su esposo, padre de Juan, una intervención quirúrgica. Eso motivaba permanecer en esta ciudad, pero yendo por una corta temporada, para vacaciones de invierno, a su provincia. O sea, la vuelta definitiva quedó postergada.

En la sesión posterior a esa entrevista, Juan luego de entrar, va directo a acostarse en el piso del consultorio, se tapa la cabeza con la capucha de su campera, y al rato de permanecer en posición fetal, comienza a girar sobre sí mismo, lo hizo durante un rato. La analista permaneció (expectante) muy cerca de él y sólo un rato después le dijo que tal vez él querría ante todo lo que le pasaba, ser tan chiquito como para estar dentro de mamá, muy protegido.

Luego de permanecer en esa posición un rato más, se incorpora, se sienta primero en el piso, luego frente a la analista y dice: “mi papá no me quiere porque no me habla”. Pudo, entonces, poner en palabras el sentimiento de sentirse des-investido por su padre.

También pensamos, luego en la revisión de la sesión, que el girar, volver al mismo lugar, sin mirar, oír, ni hablar remedaba una identificación con el padre y una puesta en acto de sus vivencias de desamparo, de las que pudo recuperarse luego de la intervención de la analista.

El vacío representacional, parecía llenarse con una identificación al padre, se ponía en evidencia en la rigidez y tensión de su cuerpo y en su mirada inexpresiva puestos en juego en la transferencia, silenciando también a la analista quitándole la palabra y haciéndola testigo de dicha identificación.

Viajaron a su provincia, con gran alegría de Juan por el reencuentro con sus primos y su casa, que dejó el día del accidente y no volvió a ver.

En un período posterior y ya de vuelta del viaje, se realiza una entrevista familiar viendo a Juan con la mamá y la hermanita.

El objetivo en esa oportunidad, fue reunirlos para observar la dinámica que podía generarse allí, así como los relatos que pudiesen

surgir respecto de volver a su lugar natal, su casa, sus vínculos familiares.

Fue conmovedor ver en la entrevista, cómo Juan intentaba hacerle recordar a su hermana, que estaba en una suerte de actitud maníaca, ciertos momentos vividos. Eso tuvo como correlato que él realizara preguntas a la madre, referidas a “tiempos pasados”.

En las sesiones de un tiempo después, Juan comenzó a desplegar mayor actividad lúdica, sus juegos se complejizaron, así como sus construcciones, apareciendo mayor placer en el juego, y mayor intercambio con la analista. En este intercambio estaba la referencia a cosas vividas por él en esos días en su casa y con sus familiares en su provincia y mostró un reloj de su padre que trajo de allí, pero escondida en la manga de su buzo tenía una lapicera, también de su padre, pero que no mostró. Reloj y lapicera, dos objetos con referencias simbólicas deducibles, lo que marcaba ese tiempo tan conflictivo para Juan, el reloj, y la lapicera con la connotación fálica que podía adquirir, pero, al parecer con significaciones inquietantes para él. Uno pudo ser mostrado y el otro oculto, evidentemente remitía a una prohibición (solo se vio porque se le cayó al irse).

Progresivamente fue instalando en la transferencia demandas que derivaron en desarrollar en el *setting*, juegos propios de su edad (juegos de reglas).

El intercambio fue siendo más fluido y placentero, con mayor contacto afectivo y con deseo de concurrir a las sesiones.

Estamos, por tanto, frente a la tarea de lograr progresiva y lentamente una narrativa, una trama con significación, opuesta al efecto de vivencia traumática sorpresiva y sorprendente, transitando cuidadosamente ese borde (del agujero de significaciones), frontera entre el vacío y lo simbólico, tratando que no se instalen disociaciones estructurales. Sostenemos, en estos casos, que un grado de negación es inevitable y que a manera de moratoria necesaria, permita crear las condiciones estructurales en el psiquismo, que faciliten una inscripción en el inconsciente, condición necesaria y a su vez efecto del trabajo de duelo.

Aproximadamente al mes y medio de su viaje, se decide la intervención (intra craneana) del padre, información que la analista obtuvo en una entrevista con la madre. Luego de dicha intervención, un día Juan llega a la sesión con la cabeza rasurada, esto causa gran impacto en la analista que sabía por la entrevista con la madre, que el padre había sido rasurado para la operación.

La analista interroga a Juan sobre lo que había sucedido, y él relata que había pedido ir a la peluquería e insistió en “pelarse”.

Luego quedó en silencio hasta pedir jugar a uno de los juegos que jugaba los últimos tiempos. La analista absorta por la imagen de Juan, le dice que parece haber querido instalar en su cuerpo una parte del de su padre. Juan escucha mirando a la analista, luego baja la mirada y sigue atento a su juego.

En el análisis posterior de este fragmento de sesión, comparamos lo recién descrito con las conceptualizaciones de M. Torok (2005) cuando dice: “el trauma de la pérdida objetal induce una respuesta: *la incorporación en el Yo*. El objeto incorporado con el cual el Yo se identifica parcialmente hace posible cierta dilación, en espera de reequilibrar y redistribuir la economía. Al no poder ‘liquidar’ al muerto y decretar ‘ya no está’, el doliente pasa a serlo por sí mismo, así se da tiempo para elaborar la ruptura”. Nos impactó la semejanza entre éstas y nuestras ideas, habiendo encontrado esta referencia muy posteriormente a la primera versión de este trabajo.

El trabajo posterior, hasta su partida a su provincia, sin cambios en el estado de su padre, tuvo la característica de ir permitiendo que se abriera una brecha donde la palabra fuera mediadora de un intercambio y se instalara en Juan una actitud más vital. Tal vez ello podía ser entendido como los primeros pasos de un camino elaborativo de lo acontecido.

ALGUNAS REFLEXIONES Y ARTICULACIONES EN LO TEORICO

La teoría del trauma signó el comienzo del psicoanálisis cuando Freud, luego de adjudicar valor traumático a la seducción en el origen de las neurosis, descreyendo de su neurótica, pone el énfasis en la fantasmática sexual.

Muchos han sido los vaivenes en esta teoría, vinculados a los cambios y diferentes descubrimientos que iba produciendo en la misma, desde la concepción económica en el trauma puro al peso en lo interno-pulsional.

Así también la inclusión de los efectos de la guerra como generadores de síntomas, sueños y otras manifestaciones de lo traumático, lo retornan al punto de vista económico (Freud, 1916-17). Pero sigue sosteniendo luego la teoría de los fantasmas de seducción, lo que le vale una fuerte controversia con Ferenczi, quien escribe (1932)

acerca del efecto traumático de la seducción por parte de un adulto y *sobre todo* de la *desmentida* que acerca de ello puedan hacer padres o adultos significativos, acerca de lo manifestado por el niño.

Otro momento importante es la inclusión de la “nachtraglich”, la resignificación de un hecho vinculado a la situación traumática, este concepto “viene a matizar y limitar el aspecto económico del trauma” (W. y M. Baranger y J. Mom, 1988).

En 1926 en “Inhibición, Síntoma y Angustia”, Freud desglosa la angustia automática, vinculada a la situación traumática, de la angustia señal que sería la que evita dicha situación y la consecuente desestructuración del aparato psíquico. Es esto último, efecto de lo sorpresivo y disruptivo, lo que da al trauma sus cualidades más relevantes.

Todos estos elementos pudimos reconocerlos y encontrarlos en el caso que nos aboca. Para Juan el accidente de su padre, luego que lo dejara en la puerta de su escuela y todo lo ocurrido posteriormente, tuvo esas características.

Cuando dijimos en los primeros párrafos de este trabajo, que todo comenzó “con un acontecimiento traumático”, usamos *acontecimiento* como lo que ocurre en forma inesperada, sorpresiva, inédita, imprevisible y sin apronte para ello por parte del sujeto que lo padece.

Acontecimiento es un concepto que circula en la filosofía a partir de que Alain Badiou lo incluyera en 1988, se refiere a lo filosófico-político, pero fue tomado para el psicoanálisis como lo contingente y con las características de lo no “editado” o vivido antes y que genera un antes y un después.

También lo usamos como más cercano al primer concepto de trauma, usado por Freud (1916-17) como trauma puntiforme, con inundación emocional por efracción.

Cada vez más, en los últimos tiempos, entró a tallar la acción de lo externo en la vida psíquica.

Hubieron muchas razones históricas para renovar y reformular las conceptualizaciones, enfoques y perspectivas del trauma.

El estudio de los efectos sobre el psiquismo, de las guerras, migraciones, exilios, violencia de estado, etc, han aportado a esos replanteos. También en ese sentido lo aportado por A. Green, en “El trabajo de lo negativo” (1989) y por N. Abraham y M. Torok (2005) acerca del encriptamiento del duelo y el trauma, aún con efectos en generaciones posteriores.

La noción de vacío representacional (C. Botella, 1997) tal como

venimos desarrollando en este escrito, se torna un concepto en permanente revisión.

Siguiendo las ideas de Baranger, W. y M. y Mom, J. (1998) diremos que la situación traumática tiene un carácter interestructural, afectando todas las instancias psíquicas así como el elemento fantasmático.

Podríamos pensar en la alteración interestructural provocada por el accidente y desaparición de los padres y con un “plus”, como dijimos, agregado por la fantasmática edípica incrementada más aún por el encuentro con el padre muerto-vivo, siendo esto último posible motor de ambivalencia y fantasías parricidas.

Esto se complejiza cuando trauma, duelo y conflictiva edípica confluyen, por las fantasías recién mencionadas. Esto último da lugar a los sentimientos provenientes de la hostilidad inconsciente y a la culpa devenida, que en Juan tuvo un peso mayúsculo en sus manifestaciones depresivas.

Tal como Freud lo desarrolla en “Tótem y Tabú” (1913), se nos plantea pensar la ambivalencia, así como fantasías terroríficas, promovidas por un cuerpo inerte y el temor a las represalias del muerto.

No queremos dejar de lado que lo traumático, puede tener un aspecto positivo, ya que las repeticiones que le son propias tienden a ligar representaciones favoreciendo el recuerdo y la rememoración. El aspecto negativo, sería la tendencia a generar mecanismos denegatorios, que eviten el recuerdo y la significación. Pero estos últimos no podrían calificarse de negativos en la infancia, ya que la evitación del recuerdo, suele establecer en el psiquismo infantil, una suerte de “stand by” hasta que recuerdos y vivencias puedan recuperarse y ser procesados. (L. T. Scalozub, 1998)

Nos preguntamos cómo Juan podría relacionarse con el padre en este estado, cómo encontrar recuerdos de su voz, sus juegos, su contacto corporal, cuando ha devenido imagen terrorífica (*inaccessible*) y fuente de ambivalencia. Recordarlo en un antes es reconocer la ausencia de su subjetividad en el ahora, pero si no lo recuerda, se expone a un vacío intolerable.

Estas últimas reflexiones nos llevan también, al terreno teórico de lo que Freud (1919) describió y conceptualizó como *Lo ominoso*.

Las características de inquietante, nuevo, imprevisto y desconocido, para lo antes familiar y conocido, tienen varios puntos de contacto con nuestro caso.

Juan comienza en un momento, y vinculado con un viaje a su

provincia natal, a tener recuerdos que puede verbalizar con la analista y con su madre (interlocutores privilegiados).

El recuperar el recuerdo y ubicarlo temporalmente en un discurso con un otro, remite a un incipiente trabajo de historización.

Otra de las cuestiones teóricas que nos evocó este caso, son los desarrollos de A. Green (1983), acerca del complejo de la madre muerta. Se refiere con este concepto a una madre “que sigue viva, pero que está psíquicamente muerta, a los ojos del pequeño hijo...”. Esta madre que no responde emocionalmente a su bebé, tiene semejanza con nuestro caso. Es un padre en lugar de una madre, un niño en lugar de un *infans*, pero en ambos casos hay ausencia de satisfacción a las diferentes demandas, afectivas, de reconocimiento, de “verse” registrado.

La transformación de la vida psíquica, frente al brutal desinvertimiento, son vividos como una catástrofe y un desequilibrio narcisista (A. Green, 1983).

“Papá no me quiere porque no me habla” dijo Juan.

Falta la palabra y la mirada, provenientes del padre, que reinstale el equilibrio narcisista que cayó con el acontecimiento traumático y que contribuya al armado de una trama representacional y simbólica que promueva el duelo por todas esas pérdidas.

La intervención analítica, aportaría elementos para crear nuevas representaciones y posibilidades vinculares, o sea desplazamientos e invertimiento libidinal en distintos objetos sustitutivos.

CONSIDERACIONES FINALES

Pensamos que este caso nos permite revisar aspectos, tanto del abordaje clínico como de las conceptualizaciones teóricas, acerca de casos con una complejidad semejante y en el que se plantearon desde el primer momento límites en el tiempo. Ello estaba vinculado, como dijimos, a los plazos de la permanencia en Buenos Aires y en función de la evolución del papá de Juan.

La actualidad, los avances tecnológicos en medicina, el sostener con vida por medios artificiales a un sujeto, que ha perdido precisamente la cualidad de tal, su subjetividad, su capacidad de intercambio significativo con un otro, nos lleva, entre otras interrogaciones, a la de nuestro posicionamiento como analistas.

Nos impone transitar diversas fronteras; entre vida y muerte, entre

lo representable y lo irrepresentado (capaz de nuevas representaciones), entre lo que requiere inscripción y los obstáculos para lograrla.

Una reflexión acerca de la dosificación de la palabra en un entrelazamiento con la disponibilidad expectante, para el despliegue lúdico y verbal. También destacamos la importancia de la configuración de distintos “setting”, tales como el familiar y/o vincular, para un abordaje más amplio de la situación planteada.

Nuevos modos de pensar la tarea analítica y la clínica actual, en nuestros tiempos.

También obliga a reformular ciertos conceptos, el pensar un psiquismo abierto, al que se le impone la tarea de crear nuevas representaciones, ya que las existentes no abarcan los fenómenos vividos y/o percibidos. Se requiere un trabajo psíquico que tienda a cegar el vacío al que aludimos a lo largo del trabajo, creando en un ida y vuelta con otro (en transferencia analítica o en los vínculos familiares) nuevas significaciones para lo acontecido.

En este particular caso, se tratará entonces, de ser posible, del hallazgo de representaciones para *esa presencia-ausencia peculiar*, así como de la inscripción de lo que de ella se desprende como perdido y ausente.

Sabemos que este trabajo clínico no se concluyó, sólo pensamos que se instaló un nuevo modo de enfrentarse con el drama y abrir una brecha en que la palabra y la mirada tuviesen su lugar.

BIBLIOGRAFIA

- ABRAHAM, N. Y TOROK, M. (2005) *La corteza y el núcleo*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- BARANGER, M. Y W. Y MOM, J. (1988) “Trauma Psíquico Infantil”. En: *Libro Anual de Psicoanálisis*.
- BOTELLA, C. Y S. (1997) *Más allá de la representación*. Promo Libro, Valencia.
- BRAUM, J. Y PELENTO, M. L. (1988) “Las vicisitudes de la pulsión de saber en ciertos duelos especiales”. En: *Violencia de Estado y Psicoanálisis*, Centro Editor Buenos Aires.
- FERRO, N. (2002) Comunicación personal.
- FREUD, S. (1913) Totem y Tabú. O. C. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- (1914) Reduerdo, repetición y elaboración.

- (1916/17) Conferencias de Introducción al Psicoanálisis.
- (1919) Lo Ominoso.
- (1920) Más allá del principio del placer.
- (1926) Inhibición, síntoma y angustia.
- FERENCZI, S. (1927-1933) Confusión de lengua entre los adultos y el niño.
Psicoanálisis, Tomo 4.
- GREEN, A. (1983) *Narcisismo de vida, Narcisismo de muerte*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- (1989) *La Pulsión de muerte*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- LAURENT, E. (1999) Hijos del Trauma. *Revista Preliminaire*, N° 8.
- PELENTO, M. L. (1998) Acerca del duelo. En: *Boletín Científico*, N°3 APdeBA.
- PESKIN, L. (2000) Duelo, trauma y cuerpo. Jornadas de Niñez y Adolescencia de la APA.
- SCALOZUB, L. (1998) Duelo y Niñez. En: *Psicoanálisis. Revista de la APdeBA*.

Susana Mascheroni
11 de Septiembre 754
1426, Capital Federal
Argentina

Lidia T. Scalozub
Malabia 2330, 1° “10”
C1425EZH, Capital Federal
Argentina